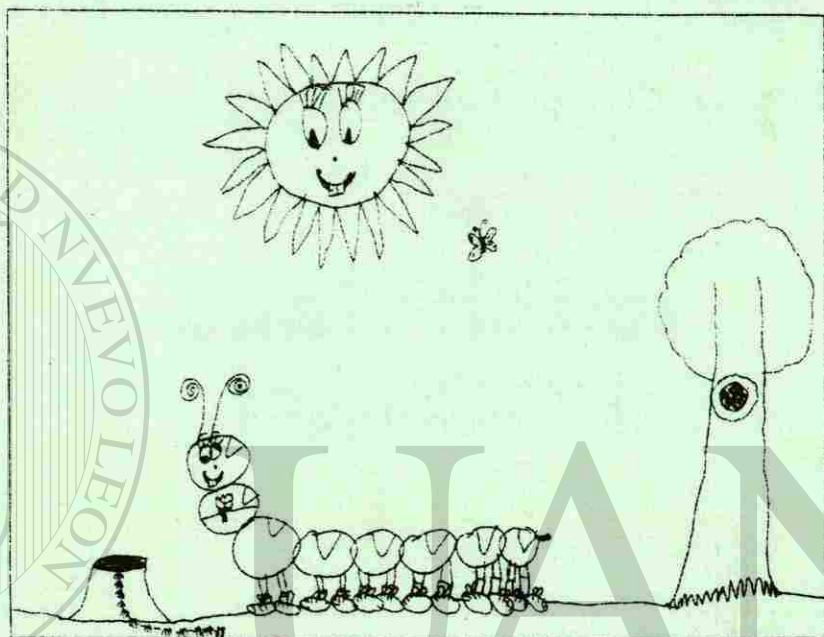




Taller Literario Barrio Antiguo



Confesiones inauditas

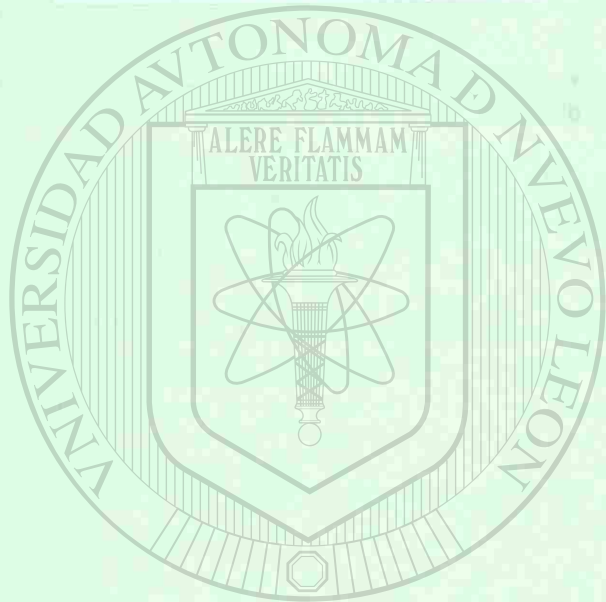
1933-2003 70 Aniversario de la UANL

Q7291
N82
C66

P07291
.N82
.C66



1020148729



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Taller Literario Barrio Antiguo



Confesiones inauditas

UANL



1933-2003 70 Aniversario de la UANL

m

312178

Taller Literario Barrio Antiguo

Confesiones inauditas

PQ7291
.N82
.C66

Índice

Todo abuso debería ser castigado Víctor Olguín Loza	4
Manipulación Arturo González Ríos	8
Coincidencia Sabina Martínez	11
El peluquero Juan Manuel Carreño	15
Cuento de fantasmas Leticia Damm de Gorostieta	20
Entre las estrellas y el mar Leticia Ruvalcaba Amador	22
Confesión Zacarías Jiménez	24
Poemas Rocío Ríos	26



1933-2003 70 Aniversario de la UANL

Taller Literario Barrio Antiguo

El taller literario Barrio Antiguo nació en la Casa de la Cultura de Nuevo León bajo la coordinación de la licenciada Dolores Hernández. Más tarde se trasladó al sitio de donde ha tomado su nomenclatura, pero ha mantenido los propósitos que tuvo desde sus inicios: comunicar estéticamente las contingencias de la vida, los avatares, el dolor de vivir.

Como corredores de relevos, los integrantes del taller se han abocado al compromiso de restaurar la función social de la escritura, social porque concierne al hombre y su paso por la tribulación, social porque da al individuo la oportunidad de tomar conciencia del dolor ajeno, de ser solidario de las virtudes de los demás.

Algunos de los integrantes apenas comienzan, otros tienen más experiencia, pero la meta de todos es la misma: mostrar su verdad literaria e invocar a lo mejor del ser humano: la sensibilidad.

La Preparatoria 16, sensible a las manifestaciones artísticas, con la presente edición promueve la literatura local y se suma a los festejos del 70 aniversario de nuestra máxima casa de estudios, emporio de la ciencia y la cultura.

M.C. José Hernández Cervantes

Todo abuso debería ser castigado

Víctor Olguín Loza

Cierto día, viajaba en el Metro con mi hijo Filio. Era hora pico y hacía calor. Yo iba hundido en mis pensamientos y él se había acomodado en el asiento más próximo a la puerta. Filio atravesaba por ese momento en el que los niños de pronto se desatan de los tediosos deletreos y se les da la lectura de corrido.

En el supermercado leía todos los letreros de los departamentos y la mayoría desencadenaba un interminable interrogatorio sobre su significado y 'por qué'. Si subíamos a un autobús, de inmediato empezaba: "Pise con cuidado", "No distraer al operador", "Favor de no escupir ni tirar basura", "Evite sacar las manos o la cabeza por las ventanillas".

Todos los días usamos el Metro, y días antes se había entusiasmado siguiendo en el diagrama los nombres de las estaciones a medida que las pasábamos. Luego, remató leyendo y repasando letreros como "Señal de Alarma. En caso de peligro jale la palanca. Todo abuso será castigado", el que dice "Para su seguridad, en esta unidad contamos con guardias vestidos de civiles" y algunos anuncios de mayonesa, desodorantes y cursos de inglés.

Ahora se entretenía mirando las caras absortas de los pasajeros.

En una estación abordó una señora que jaloneaba y regañaba a su niña. Los ojos avivados de mi hijo se clavaban en la cara encolorizada de la mujer y en la expresión angustiada de la hija. La madre pareció saberse evidenciada y quizá eso la intimidó, pues con jalones aún más fuertes y susurrando algunas amenazas con los dientes apretados, trataba de acallar el llanto inminente de la pequeña. "Ya cállate, por favor, Pao" le dijo mientras le daba varias sacudidas. Resultó contraproducente: en pocos segundos los agudos berridos llamaron la atención de todos en el vagón. La señora intensificó los maltratos; ahora imprecaba con enérgicos insultos, pellizcos y amenazas a Pao. Aquello pronto se convirtió en una tortura pública. Filio ponía redondos los ojos cuando se fijaba en la mujer; y su expresión era de dolor cuando miraba a la niña.

La escena se prolongó durante un rato. Estábamos llegando a nuestro destino cuando mi hijo se levantó decidido y jaló la palanca de Señal de Alarma.

Como si hubieran despertado, los pasajeros reaccionaron al unísono dando voces. El tren se detuvo de inmediato. Entre la escandalera comenzaron los empujones hacia la puerta. Se escuchó una sirena y la voz del conductor en las bocinas: "Señores pasajeros, conserven la calma, por favor. Salgan en orden cuando las puertas se abran. Favor de evacuar el tren sin empujarse. Hay una emergencia pero..."

Taller Literario Barrio Antiguo

El griterío no permitió escuchar lo demás. Se abrieron las puertas y la barahúnda sólo se detuvo frente a la taquilla, al ver las puertas de la estación cerradas. Filio y yo salimos casi los últimos; cuando íbamos en las escaleras dos guardias vinieron a nuestro encuentro, porque algunos dedos nos señalaban.

En el interrogatorio expliqué varias veces lo acontecido. Llegaron los bomberos, la policía, la Cruz Roja y al parecer el servicio del Metro se interrumpió más de una hora en toda la línea, hasta que se aclararan las cosas. Mi hijo estaba asustado.

Nos trasladaron a la Delegación de Policía donde opté por decir que yo había activado la señal de alarma por accidente. Pagué la multa para que no me encerraran.

De regreso a casa, venía indeciso sobre qué decir a mi hijo y cómo hacerlo. En fin, me limité a explicarle: "Esas palancas no se deben tocar". Él pareció asentir, pero no dijo nada. Llegábamos a casa cuando habló como si también él hubiera batallado intensamente para expresar lo que le venía quemando la garganta.

–Esos letreros dicen puras mentiras –sentenció.

Su afirmación me intrigó.

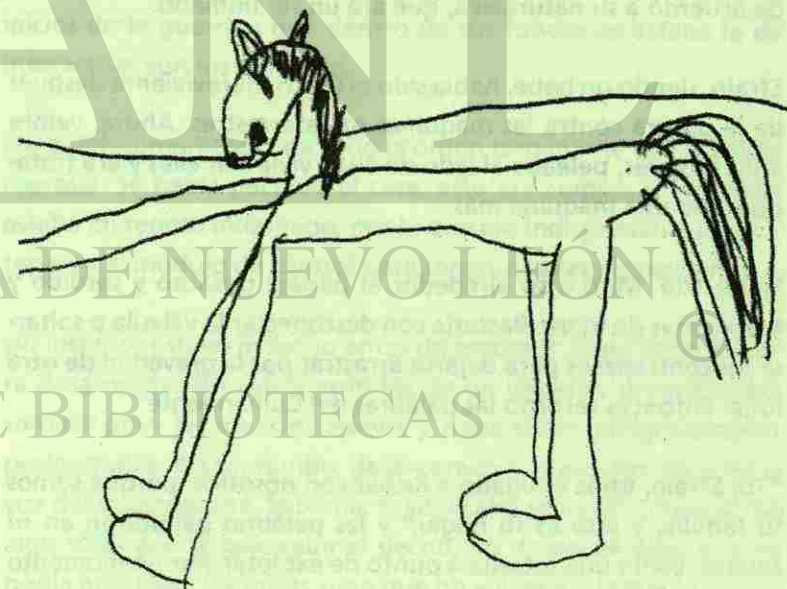
Taller Literario Barrio Antiguo

–¿Por qué lo dices?

–Porque el letrero decía "Jale la palanca en caso de peligro" y la niña ya llevaba mucho rato en caso de peligro.

Intenté explicarle, pero él remató.

–Ahí decía que todo abuso será castigado y a la señora nadie la castigó: ni los guardias vestidos de civiles, ni la policía, ni los bomberos, ni la Cruz Roja. ¿O a poco no era un abuso?



Manipulación

Arturo González Ríos

El soldado supo que no tenía caso regresar. De cualquier forma el proyecto había fracasado. Soltó la pala aniquiladora y abandonó la batalla. No fue hacia el módulo como ordena el procedimiento. Caminó unos pasos hacia el poniente y se detuvo. El paisaje desolado era testigo de su derrota. La luz pálida y trémula procedente de la luna enfermiza le golpeó el rostro. Esta vez no se culpó de los errores, después de todo comprendió que actuaba de acuerdo a su naturaleza, que era un ser humano.

Efraín, siendo un bebé, había sido el único sobreviviente después de la guerra contra las máquinas extraterrestres. Ahora, veinte años después, peleaba al lado de ellas, vivía con ellas y era tratado como una máquina más.

Sintió frío. Miró a su alrededor el paisaje grisáceo y sórdido y tuvo ganas de morir. Bastaría con desconectar la válvula o soltarse los contrapesos para dejarse arrastrar por la gravedad de otra luna. Entonces recordó las palabras del Comandante:

“Tú, Efraín, estás obligado a luchar con nosotros, porque somos tu familia, y este es tu hogar” y las palabras palpitaron en su cabeza, como una estrella a punto de explotar. Por un momento pensó en regresar al módulo y hablar con el Comandante, decirle

que estaba cansado de la guerra, pedirle que le asignara otras funciones, que lo congelaran por un tiempo; pero sabía perfectamente que no existía esa posibilidad.

Cuando había tiempo, o cuando las máquinas no estaban calibradas y la batalla se retrasaba, Efraín gustaba de ir con el Comandante, hablar con él, escucharle. El Comandante era una máquina con características muy sofisticadas, era capaz de transmitir información con un lenguaje sensitivo. No eran datos concretos, tampoco especificaciones técnicas, ¡no!, su habla se mostraba expresiva y casi podía asegurarse una intención detrás de cada farsa, un sentimiento. El soldado sabía que el Comandante era un modelo discontinuado, que se había fabricado desde los inicios de la guerra y que dentro de sus funciones estaba la de interactuar con los humanos.

Por el telecomunicador escuchó la orden terminante que le exigía regresar. Se había pactado el cese, esto era común, y la batalla estaba en reposo indefinido, por lo que era indispensable presentarse en el módulo de control para tomar nuevas instrucciones.

Un instante estuvo indeciso antes de empezar a correr de manera desahogada. Sus pasos eran los de un gigante, porque había soltado unos de sus contrapesos y daba saltos peligrosamente prolongados. Iba sin rumbo, desesperado por escapar. Escuchó la voz del Comandante, le pedía, le suplicaba regresar. Efraín sintió algo tibio que le golpeaba el pecho, un deseo de algo que no podía entender. Entonces supo que no volvería a tomar la pala, a luchar contra las máquinas, o a favor de ellas; que ya no tendría

que dormir en los cajones que le resultaban demasiado estrechos, o actuar de acuerdo a la secuencia de instrucciones que le habían obligado a memorizar desde que era un niño.

Su respiración agitada, el escaso oxígeno que aún quedaba en la reserva, lo obligaron a detenerse. Asido a una roca, exhausto, sin esperanzas, escuchó:

"Hijo, regresa a casa, soy tu madre y estoy preocupada, te lo suplico; ten consideración de mí".

Esta era una de las tantas voces que utilizaba el Comandante para manipular a Efraín.

Una segunda luna, verde olivo, asomó por el horizonte, era más grande que la primera y más luminosa. El soldado liberó los contrapesos, se desprendió de la roca y se alejó lentamente... hasta perderse en la oscuridad.



Coincidencias

Sabina Martínez

La noche estaba insoportablemente calurosa como todas las del mes de abril. En el interior de aquel bar el aire acondicionado confortaba los cuerpos calientes. Una joven se acercó a la mesa que ocupaba la pareja recién llegada. Él, un hombre maduro vestido de oficina; su acompañante, una joven mujer en informal pantalón de mezclilla. —¿Qué van a tomar? Por un instante María dudó, el calor obligaba a ordenar algo refrescante, quizá una cerveza, pero no, todavía no alcanzaba a asimilar su atrevimiento al estar ahí con aquel hombre, bueno... sólo iban a hablar, eso fue lo que él dijo "Cuando necesites hablar con alguien sólo llama", pero no podía engañarse, sabía que sentía algo por él y era peligroso mezclar su cercanía con alcohol, así que se oyó decir —Limonada en agua mineral, por favor —mientras él pedía una bebida común: —Brandy con agua mineral. Por un momento pensó que lo escucharía ordenar alguna bebida extraña, cara o sofisticada... quizá no era tan especial, después de todo.

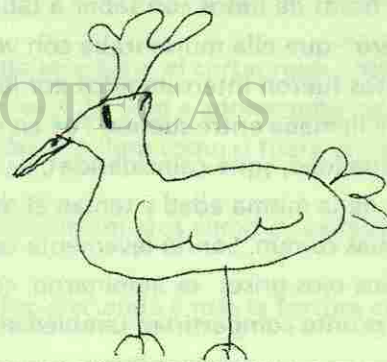
Hacia un año que lo trataba por cuestiones de trabajo y no sabía casi nada de él, excepto su edad y que estaba casado, pero no quería pensar en eso, no quería arruinar ese momento en el que estaban ahí los dos juntos en aquel rincón del bar, hablando de cualquier cosa mientras esperaban sus bebidas, que si a ella le gustaba leer, que sí, él alguna vez lo hizo pero ahora ya no tiene tiempo, etc. Al fondo del bar un grupo musical cantaba *Almohada* María hubiera preferido *Coincidir* "...soy vecino de este mun-

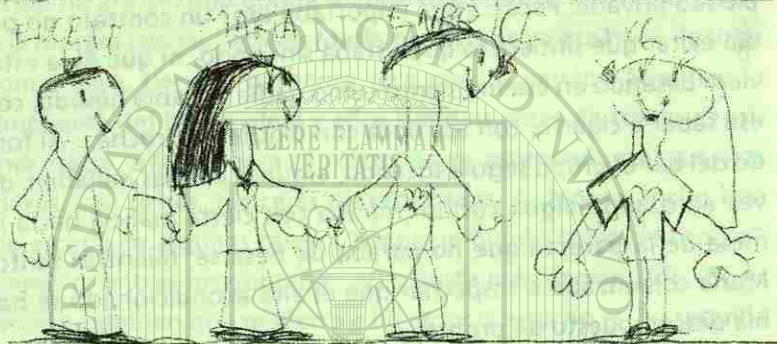
do por un rato y hoy coincide que también tú estás aquí...”, pero el bar no era del tipo donde se tocan esas canciones. Al ver llegar a la mesera con las bebidas María piensa que ya era hora, le urge tomar algo, tiene la garganta seca por los nervios. Mientras la empleada del bar se aleja y ellos brindan antes de tomar el primer trago, ella observa el rostro de su acompañante, sus ojos claros, casi grises, sus cejas desordenadas, su bigote ancho que no escapa de algunas canas. “Tiene un bigote como de brocha” pensó mientras preguntaba: –¿Le gusta esa canción Lic? –Sí, es bonita, alguien que se aferra a un amor que ya no es. En seguida comenzó a hablar de mercadotecnia, de un amigo experto en la materia, bla, bla, bla...

María escuchaba y balbuceaba alguna respuesta, tratando de parecer interesada en el tema, mientras pensaba: “¡Que diablos me importa a mí la mercadotecnia, ni los hábitos de consumo de las masas!, ¡Háblame de ti!, ¡Háblame de mí!, ¡Dime si es que tú sabes que es lo que me pasa contigo!, ¿Por qué te sueño, por qué pienso tanto en ti, por qué me gustas, si viéndote bien, ni siquiera estás tan guapo?, ¿Dime si tú sabes por qué no puedo ser yo misma cuando te tengo cerca, por qué me vencen los nervios cuando te veo, cuando escucho tu nombre, cuando oigo tu voz? ¿Por qué no puedo olvidar aquel beso que nos dimos en tu oficina? Tú debes de saber, supongo que tienes mucha experiencia, dime...” De pronto, su mano y su boca le dieron todas las respuestas, su lengua le dijo sin hablar lo que ella quería saber, se besaron interminablemente, una y otra vez, con algunos descansos para tomar aire y compostura, en esos momentos ella tomaba una de sus manos y la acariciaba tímidamente, el anillo que llevaba puesto

la intimidaba en cierto modo, era una argolla que indicaba propiedad privada. Pero... ¿qué importaba eso? un contrato no podía evitar que sintiera lo que estaba sintiendo, ni que él la estuviera besando en ese momento como nadie la había besado, con ese sabor a cigarro, con esa boca con bigote de brocha... Al fondo del bar el grupo seguía tocando, algunas parejas bailaban, de vez en cuando algún curioso miraba con cierta malicia hacia la mesa de la parejita que no paraba de besarse; mientras tanto, María comenzaba a sospechar que el aire acondicionado se había descompuesto de pronto.

Mario se dirigió al baño dejando abierta la puerta que comunicaba con la recámara, –después de la rutina de la convivencia de años ya no hay mucho qué ocultar detrás de las puertas, así que, ¿Para qué cerrarlas?– Desde el baño podía ver en la recámara a su joven esposa –13 años menor que él– quien dormía plácidamente. Procurando no hacer ruido se desvistió y entró a la regadera, no quería despertarla ni justificarse por haber llegado hasta esas horas de la madrugada. Mientras el agua recorría su cuerpo refrescándolo, recordaba su conquista del día de hoy. Franca-





mente ya pensaba desistir, había creído que María nunca vencería su timidez, que no se decidiría dadas las circunstancias, así que optó por la salida de la amistad fingida "Si no quieres nada conmigo, si no quieres darte la oportunidad de vivir lo que sentimos, quiero que sepas que acepto tu decisión y que en mí tienes un amigo desinteresado, que puedes llamarme cuando quieras. Para ti siempre tendré tiempo. Cuando necesites hablar con alguien háblame, dejo lo que esté haciendo para ir a verte..." Y ahora acababa de dejarla en su casa después de haber intercambiado horas de besos con sabor a tabaco, suspiros y algunos "te quiero" que ella murmuraba con voz entrecortada... Sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de María, su esposa, quien le llamaba entre sueños. Fue en ese momento que pensó en la casualidad, ¡qué coincidencia!, su mujer y su nueva conquista eran de la misma edad y tenían el mismo nombre, un nombre de lo más común. Sonrió levemente con una sonrisa un tanto cínica y sus ojos grises se iluminaron, como siempre que sonreía, quizá pronto compartirían también al mismo hombre...

El peluquero

Juan Manuel Carreño

Para Felicitas Zapata y Ricardo Martínez Cantú

No puedo matar al peluquero. No a mi peluquero. Tanto que batallé para encontrarlo, para ahora tener que deshacerme de él.

Me llamo James Durante y soy asesino por contrato.

Realizo mi trabajo con eficiencia y discreción. La víctima sólo se da cuenta de lo sucedido hasta que alguien se acerca a verle extrañado diciendo:

—¡Pero este hombre no respira!

Sólo he tenido tres peluqueros en mi vida. Eso de cortar el pelo es sumamente delicado; la buena presentación comienza con un excelente corte de cabello y eso no cualquiera lo hace.

El primero lo eligió mi padre; el cortaorejas —como le decía con aprecio—, me vio crecer de niño a adolescente; cuando murió llevé flores a su tumba y lo lloré como si fuera un tío muy cercano.

Me sentía desvalido. Peluqueros como él, existían pocos.

La mata de pelo fue creciendo y más la tortura cada treinta días

Taller Literario Barrio Antiguo

cuando alguien mal podaba mi cabeza. Los amigos me sugerían visitar una estética y ponerme en manos de esa gente –homosexuales y lesbianas–, mas no insistían al ver mi enojo.

Hasta que encontré a Paul. Era un hombre joven, 35 años de edad, estatura media y complexión delgada.

Tomaba mi cabeza con autoridad y hacía que mi pelo temblara en sus manos antes de entregar su vida a la navaja. Sólo tenía un defecto –virtud para su gremio–, era un conversador de siete suelas. Lo que no sabía lo inventaba y callarlo era menos que imposible. Tanto me mareaba que una vez esperé a que saliera del negocio para irse a casa. Lo miré de frente y antes que comenzara con su perorata, le dije con semblante duro:

–Le pagaré el doble, si cada vez que ocupe sus servicios, usted no me dirige la palabra–. Se quedó como pasmado; a continuación intenté una sonrisa y agregué: –¿Me haría ese favor?

En la visita siguiente sus compañeros se extrañaron del silencio de este peluquero. Así duramos tres años hasta que la muerte se interpuso en su camino, en la forma de un camión urbano.

Ni su esposa le lloró tanto. Claro que para evitar suspicacias me situé a 50 metros de donde se realizaba su funeral, llorando ante una tumba extraña.

Y nuevamente comencé mi peregrinar en busca de otras manos experimentadas. Parecía que todos los peluqueros visitados eran

Taller Literario Barrio Antiguo

primerizos y que se entrenaban con el primer ingenuo que caía en sus manos, incluso estuve a punto de matar a algunos de ellos, al mostrarse muy ufanos de su mal trabajo.

Entonces encontré a don Servando. A sus 50 años era todo juventud y amoroso padre de una hija; dos veces divorciado y abuelo de cuatro nietos que eran su gran adoración. Tenía el tacto de los grandes peluqueros –trabajo heredado de su padre como me lo dijo en alguna ocasión. Era conferencista nacional y dictaba cursos para profesionales del cabello aunque, confesó, a veces se sentía cansado de tanto ajeteo.

Viajar en exceso, de un lado para otro, desgasta el cuerpo –aseguraba.

–¿Cómo lo quiere? ¿Estilo ruso, griego o italiano?

Al mirar mi semblante serio, dijo:

–Déjeme hacer a mí. Si no le gusta, no paga.

Y comenzó una vistosa faena en la cual el pelo cortado saltaba como confeti, mientras platicaba de sus viajes por Europa. Al terminar me mostró el espejo de mano.

–Véase usted mismo –exclamó orgulloso.

Sonreía como si hubiera tenido sexo gratis con Miss Universo. ¡Quedé maravillado! ¡Había encontrado a mi peluquero!

Taller Literario Barrio Antiguo

Aun así, al poco tiempo de nuestra relación, le pedí como un favor muy especial que hiciera su trabajo en silencio. Si él hubiera dicho que eso era imposible lo hubiera aceptado como inevitable, porque a artistas de su talla se le puede pasar todo. Le sonreí y en mi sonrisa había súplica.

Me miró muy serio. Luego se disculpó diciendo que no había ningún problema, y que si él entablaba conversación con sus parroquianos era porque ellos así lo pedían.

Con el paso del tiempo le cobré un aprecio enorme, y aunque sólo hablaba el silencio cuando lo visitaba, intuía que él también sentía estimación por mi persona.

Y ahora esto.

Richard –mi socio–, me mostró su foto donde el peluquero abrazaba a una mujer rubia bien formada y cuarentona.

–Este es el sujeto –dijo–. La señora es la esposa de nuestro cliente y amenaza con dejarlo en la calle al quitarle sus negocios. Ella se llama Rosseta Maranzano y es gerente ejecutiva de las agencias “Universal de Viajes”, con sucursales en tres ciudades.

Le miré en silencio. Una sensación de frío y calor invadió mi cuerpo.

–Hay diez de los grandes depositados en la cuenta –mostró la ficha–. El cliente lo quiere muerto antes de 24 horas. Me dio el

Taller Literario Barrio Antiguo

folder donde venía la información más pertinente.

El corazón se estrujó en mi cavidad torácica. No podía permitírmelo. Un peluquero como él ni en cien años me lo encontraría. Mi socio seguía hablando sin que yo escuchara sus palabras. Tendría que volver a buscar y buscar y buscar para que cualquier barbero experimentara conmigo. Sentí desolación. Allí fue cuando escuché la frase que me decidió a actuar con rapidez.

–El peluquero planea cerrar su negocio para manejar las agencias de la amante.

Salí de la oficina hecho un basilisco. Mi cabeza era una olla de emociones encontradas.

Y ahora aquí estoy. Son las nueve de la noche. La futura víctima sale del negocio y camina al estacionamiento. Sigo sus pasos y preparo el arma; se introduce en su auto. Al acercarme me sonrío con extrañeza; tengo un papel en mi mano.

–Habrá de disculparme –digo y acciono el gatillo.

La bala perfora su tersa frente iniciando el sangrado de inmediato.

Guardo la pistola y me alejo cabizbajo. Lamento la suerte de mi peluquero.

Ahora queda libre para seguir haciendo su trabajo.

Cuento de fantasmas

Leticia Damm de Gorostieta

La primera vez que papá se me apareció era media noche. Debí despertarme su presencia, pues al abrir los ojos lo vi sentado al pie de la cama, mirando atento al televisor. Aunque estaba a mis espaldas, no me pregunté quién era. La ondulada melena entrecana que caía sobre su nuca lo delataba.

Cuando se volvió, su gesto era tan natural que esperé algún comentario sobre las noticias; pero no lo hizo. Como continuando una charla interrumpida, me recomendó que no trabajara tanto. No tuve tiempo para reflexionar en lo insólito de su presencia. Como si no mediaran diez años de dolorosa ausencia, le hablé de mis pasatiempos y luego de la familia, iniciando un diálogo que vino a poblar mi soledad.

Desde esa noche aparecía a todas horas, sin anunciarse. Al encontrarme sola, charlábamos de todo y de nada, de libros y noticias, como antes de que muriera. Si estaba presente la familia, se quedaba contemplando con ternura a mis hijos y nietos para luego esfumarse; también sin avisar. Sólo yo lo veía.

El consuelo de sus visitas restañó poco a poco las heridas de tantas pérdidas, la orfandad de interlocutores con quienes abordar las reminiscencias de mi niñez y mi juventud.

A falta de hermanos con quienes compartir la reconfortante rutina de sus visitas, resolví no decirle a nadie; pero ayer ocurrió algo tan asombroso, que decidí escribir esto para que no me tachen de senil si llego a revelar mi secreto sin querer: hace unos días llegó de visita la hija de una antigua vecina y ¡también lo vio!

Sin embargo, ella no tuvo la experiencia grata y balsámica que yo había tenido: lanzó un grito de pánico y salió corriendo. Me volví hacia él en busca de una explicación. No lo encontré, ni ha vuelto a aparecer desde entonces; pero sigo esperándolo. Presiento que volverá. ¡Tiene que volver!

Quisiera poder comunicarme, acelerar su regreso, prometerle que no preguntaré nada.

Ya descubrí la causa de su huida (debe haberse asustado tanto como la visitante). Recuerdo que en mi niñez, durante las ausencias de mamá, él abandonaba su despacho para hacer tardadas composturas en casa de Benita, la vecina, a quien ingenuamente siempre consideré una inútil.

¡Ay, papá, quién lo hubiera imaginado!

Entre las estrellas y el mar

Leticia Ruvalcaba Amador

Arrastra las piernas, camina a la vera del mar y en cada paso marca la arena fresca de la mañana. Parece llena de incertidumbre, semidesnuda; deambula con la mirada errática.

Las olas musicalizan el ambiente extraordinario que la acompaña.

Desde este punto podríamos pensar en cualquier espectáculo sombrío, resultado de alguna noche violenta.

O suponer que Antonio, uno de tantos jóvenes con los que acostumbra cenar y bailar, estuvo con ella. Que después de un espléndido festín y un derrochador baile, múltiples copas, caminaron a la luz de luna. La embriaguez del momento llenó su cabeza de fogosidad y en un arranque de locura se abalanzó sobre ella.

O quizá, como algunas veces que cenó sola, tomó varias copas y se dirigió, caminando, a su casa por la orilla del mar y en la oscuridad la embistió algún animal salvaje.

O tal vez, esa noche no tuvo invitado, cenó sola, tomó más vino del cotidiano, danzó aislada, envuelta en la música del lugar, arrobada, se dirigió por el reborde del mar, mientras sigilosamente la seguían dos varones insuflados de pasión y lujuria.

O pudo ser que esa noche decidiera cenar en casa, acompañarse de aquel vino guardado para ocasiones especiales. Sola, reconociendo su cambio gestacional y a través de su energía ascendente, alimentada por largos años de vida, de sufrimiento, de amor, llegó a este momento de plenitud.

Con su vestimenta hogareña y elegante sale a entregarse a su esencia vital con la noche, las estrellas y la arena, escenario favorito de mutaciones.

Después de caminar acompasada por las rítmicas olas y envuelta en la brisa, se traslada al centro del mismísimo océano y, luego de tremenda agitación que se balancea entre su interior y la furia externa del líquido virginal, emerge lánguida, zarandeada en el proceso vital del re-nacimiento, arrastra sus piernas, en cada paso deja huellas de su transformación.

Cambiante, su mirada obtusa se eleva, aumentando el ángulo de su visión.

Pudo ser.

Confesión

Zacarías Jiménez

Yo, Mano de Gato, el hombre del pañuelo, maté a Delfina Gutiérrez Méndez en el río Santa Catarina, un 18 de agosto de 1988. A las siete de la mañana la violé y a las siete y media le destrocé el rostro a pedradas, (me acuerdo de la hora porque en ese entonces tomaba mi Melleril cada tres horas).

—No Zaquitas —me decía —será tuya a la buena—. Pero yo debía matarla, si no, ¿cómo iba a justificar esta hermosa historia?

El cadáver no fue encontrado gracias al Diablo, pues un mes más tarde el Huracán Gilberto borró las huellas y yo satisfice uno de mis más grandes anhelos: burlarme de la Ley.

El único testigo de mi obra maestra fue Marcelo Ramírez, pero ya lo mató un pariente suyo para quitarle la casa, por lo cual no hay problema.

Al principio me molestó un vicio burgués y tonto: me remordía la conciencia y acudí a la Clínica Monterrey, con el psiquiatra José Luis Galicia, quien me tranquilizó:

—Señor Jiménez, usted llora como una criatura sólo porque quitó de sufrir a una pobre mujer; Hitler mató a seis millones de personas y no andaba con tanto guato, tómelo con calma —me dijo Galicia, muy molesto.

Luego me impuso una terapia muy peculiar: me encargó escribir poemas, obras de teatro, crónicas, ensayos, cuento, novela y, al final, me sugirió que fuera reportero, "para que conozca todas las formas de escritura y de crimen".

Soy un hombre de bajo coeficiente mental y no pude dominar ninguna de las actividades como yo quería, a pesar de que fui asesorado por lo más selecto de los talleristas, y en una ocasión me regañó el susodicho: "no sea tonto, usted es un criminal y nada más".

Sin embargo, en casi al finalizar 1988 empecé a colaborar en El Volantín, suplemento de un periódico local, y ahí confesé la historia de un hombre que a los doce años mató a una niña, y ese hecho lo marcó de por vida, desde entonces se convirtió en el unicornio, al que sólo puede vencer la inocencia.

Ese fue mi primer cuento, según mis amigos, pero yo sé que era mi primera confesión.

Más tarde, Romualdo G. me recomendó con su mejor amigo, Arredondo, y empecé a colaborar en una revista musical. Algunas gentes me han felicitado por mis temas y eso me da ánimos para seguir adelante en mi gran carrera de criminal al que se le perdonan todos sus desmanes. Sólo una persona me castigó en la vida: Gilberto Anaya, quien en compañía de un tipo apodado Calambres, me golpeó el 18 de febrero de 1992, en la Colonia Independencia.

No diré el motivo del conflicto, sólo sé que pronto publicaré otra historia de crimen, la Policía no lee Culturales, porque no estamos en Manchuria y eso me favorece. Por ejemplo, un director del Hospital de la Sección 50 violó a una muertita, también en 1988, y nada pasó; tampoco cuando enterraron a una enfermera en el jardín, entonces ¿cuál es el problema?

Pero en fin, de ustedes depende creer o no; ahorita vengo a contarles otra historia; voy a la cantina a chupar, el maldito vicio burgués ha vuelto.

Poemas

Rocío Ríos

EN TUS OJOS

consuelo mis lamentos

Estoy en el vitral donde
me observas contraída
bajo la luna en forma de espejo
mi costilla liada a la cama
tras otra pared que estoy conociendo
esta vez no pregunto

Me ofreces tu ternura
en una infusión
tus brazos como paliativo
tu boca de sanguijuela
un vaso con agua y
pastillas de menta

Tus dedos me cubren los pies
con el mismo edredón
que abriga tus secretos

EN TUS BRAZOS

enredo mis lamentos
liberas el dolor de ave
que anida en mi ombligo y
me roza las piernas
sus alas frotan mi vientre
que escurre y se oscurece
sobre algodón perfumado

En cuatro días me río
y me lloro
por tu piel escoriada
o mi lengua de cobre
por lo que una vez fui
Me narras el mito de
la diosa que se pinchó
todo el cuerpo

Y en las grietas de
mis muslos me palpas
la fiebre y el tormento
que ovula en tus dedos
que resbalan

de mis cejas a la angustia
que me inflama las venas
y me estruja los senos
Y tu cuerpo no me duele
Tus manos se convierten
en ungüento

Taller Literario Barrio Antiguo

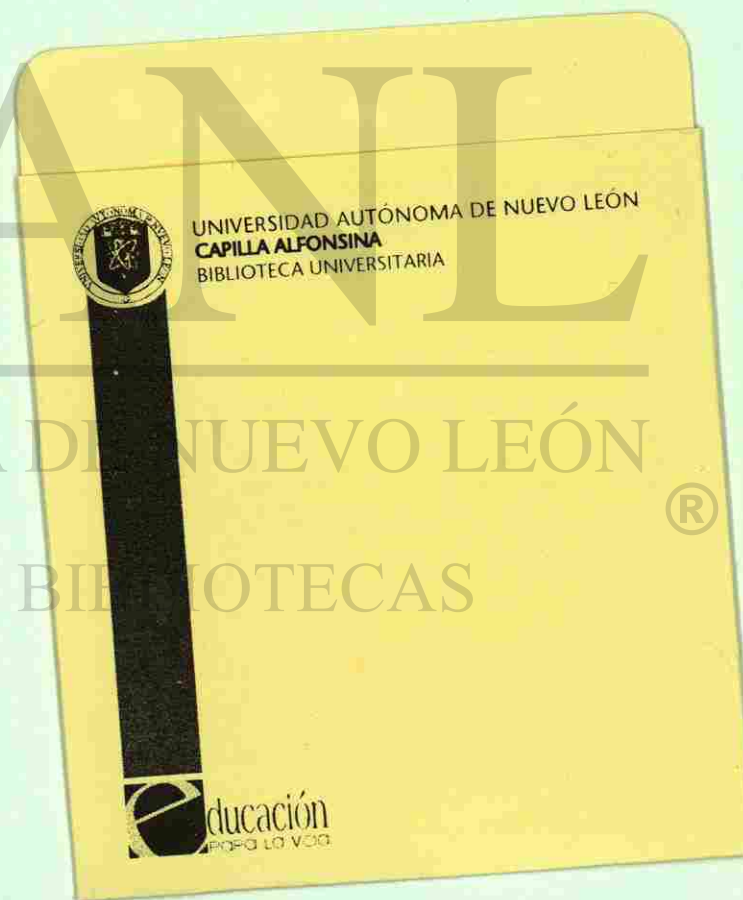


EN TUS OÍDOS
centro mis lamentos
tu hombro en mi boca
dices que cierre los ojos
derramas gotas de té en
mi ombligo

Tus labios consuelan mi vientre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Directorio

Dr. Luis Galán Wong

Rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León

M.C. José Hernández Cervantes

Director de la Preparatoria 16

Coordinación editorial

Ing. Concepción Martínez Ávila

Cuidado de la edición

Lic. Ricardo Martínez Cantú

Lic. Zacarías Jiménez

Difusión Cultural

Lic. Ernesto Castillo Ramírez

Ilustraciones

Valeria L. Valencia Gorostieta

(seis años de edad)

Abril de 2003